GAZAPERA

SÓFOCLES

Los que llegan

«Las conexiones entre las cocinas amerindias, y las cocinas que llegaron con los europeos, con los africanos y africanas y otros pueblos...». *El Mundo* y Udeá.

Raro que las europeas no vinieran a ayudar a los europeos y si me dicen que las europeas también vinieron es una muestra de que en escritos como el del ejemplo no es necesario señalar los dos géneros; yo habría construido así: «con los europeos, con los africanos y con otros pueblos...».

La seguridad

«Estamos seguros que su compromiso con la ingeniería y la agricultura, vitales para el desarrollo de la región...». Carta de la SAI.

En la frase se está seguro de algo; no se está seguro algo.

La demolición

«La Corporación Autónoma de Cundinamarca (CAR) ratificó la decisión de demoler la mansión Monterodro...». **El Espectador**.

En español no existe la palabra «rodro», pero es el nombre de fábricas de muebles, lo que me hace creer que en Cundinamarca les quedó bien como nombre de un conjunto de viviendas lujosas que no se admiten en el conjunto de montes. La palabra monterodro tampoco entra bien en el conjunto de viviendas. A pesar de que los dueños pronuncian Monterroso (correctamente), escriben con una sola erre. lo cual es incorrecto. Les pasa lo mismo que a la Universidad Remington a la cual los estudiantes y profesores le agregan la palabra Uni, pero no doblan la erre para mantener el sonido de la Unirremington.

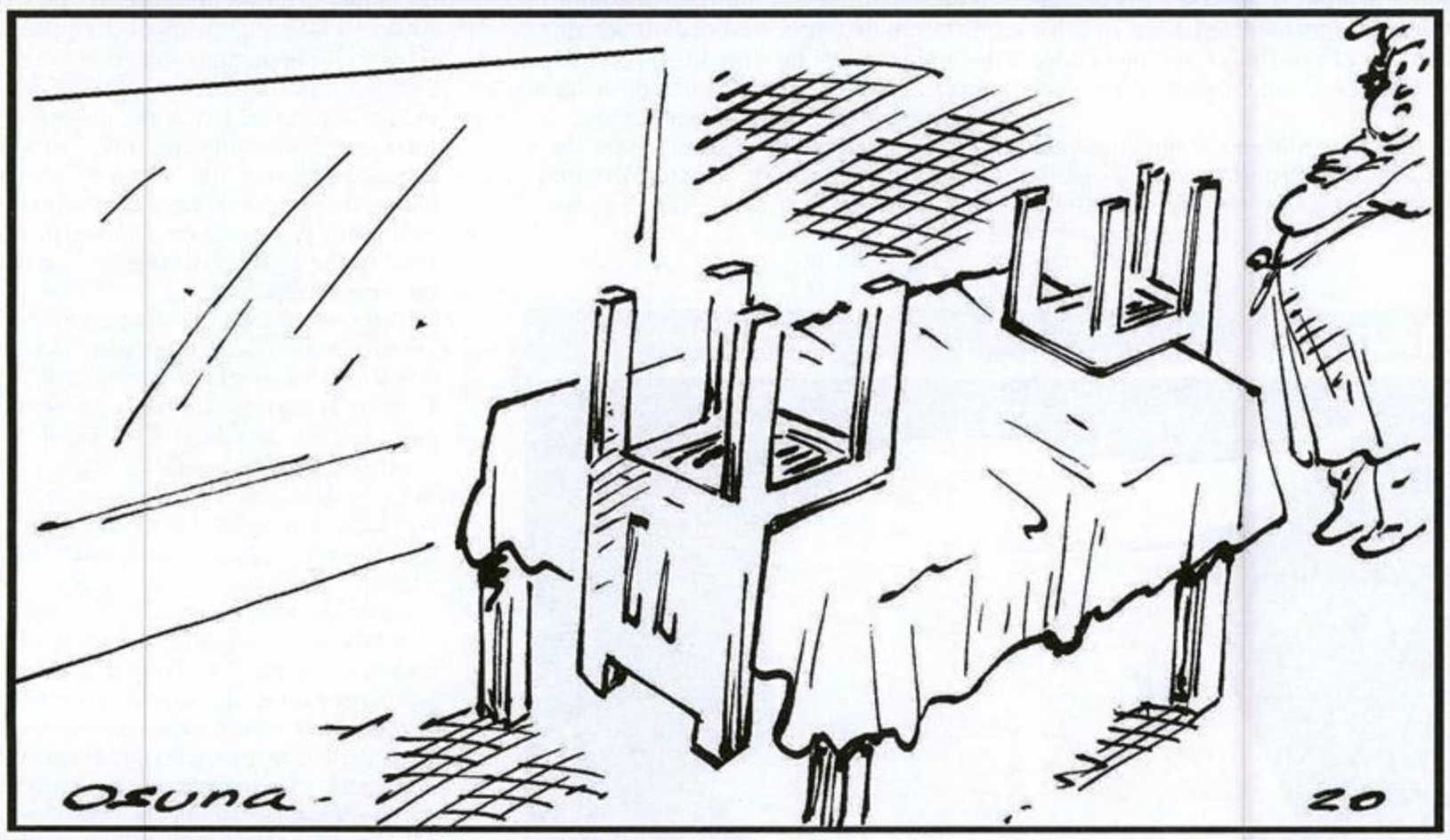
Varados

«3.600 "varados" en el exterior volvieron al país». *El Colombiano*.

Cuando un titulador está encartado con una palabra, uno de sus errores es ponerle comillas a la palabra que le molesta y a la que cree que no existe con ese término. Veamos: Los pasajeros no se pueden mover porque no tienen en qué.

gazapera@gmail.com

Osuna



Sigue el confinamiento

¿A Duque le corresponderá hacer grandes reformas?



ÁLVARO FORERO TASCÓN

INICIANDO ESTE GOBIERNO ESCRIBÍ una columna ("Duque el ejecutor") planteando que Iván Duque no sería un presidente reformista.

Porque no lo es por temperamento, ni había prometido grandes reformas, ni su partido es reformista (es contrarreformista), ni tenía una coalición política para hacerlo, ni había nombrado un gabinete con grandes ideas. Porque recibía un país que había reducido enormemente la pobreza y la violencia en las últimas dos décadas, y había superado la crisis económica de la caída de los precios del petróleo. Porque su victoria no le había concedido un mandato político fuerte, pues millones habían votado más por miedo a Petro que por un programa. Y porque le había correspondido un periodo histórico de transición y no de cambio, pues el sistema político salía por fin del anacronismo anticomunista de la vieja Guerra Fría.

Así se confirmó en su primer año y medio de gobierno. No intentó ninguna reforma legislativa ambiciosa, a tal punto que prefirió gobernar sin mayorías en el Congreso. Las protestas sociales de final de 2019 eran en realidad un pedido de reformas, que respondió con un proceso de conversación nacional que no llevó a reformas. Sus dificultades en las encuestas se debieron en buen parte a que no se entendía cuál era su gran propósito de gobierno. He hizo una distribución de funciones en que el Gobierno se encargaba de administrar y le dejaba la política al partido de gobierno.

Pero parece que la historia va a poner en manos de Iván Duque un periodo en que le será inevitable acometer reformas de gran calado. La situación económica de la post pandemia será tan grave, que no se resolverá solo con el regreso de la normalidad. Esta va a generar una crisis social tan aguda que se requerirán soluciones de fondo. El desempleo va a ser tan enorme, que no bastará esperar a que la mano invisible de la recuperación económica genere nuevos empleos, y la caída de los ingresos fiscales por el deterioro tributario y de los precios del petróleo no se solucionará con una reforma tributaria como las que se vienen haciendo cada dos años. La pandemia ha desvestido el tamaño de una inequidad social y de una informalidad económica tan abismales, que cuestionan el modelo económico que parecía eficaz para reducir la pobreza.

Si, como parece, estamos ante el fin de la era neoliberal de 40 años, con el declive de la globalización y el regreso del Estado, llegarán vientos de cambio económico desde fuera. Especialmente si en Estados Unidos gana el candidato demócrata, que tiene la plataforma más liberal en la historia de ese partido. Duque recibirá grandes presiones para impulsar una reforma tributaria estructural, para desarrollar una política industrial que favorezca la producción nacional y reduzca el libre comercio, para limitar la dependencia en el petróleo, para aumentar el gasto social con programas como la renta básica.

Grandes reformas para las que el gobierno no estaba preparado, pero para las cuales la mayor crisis en décadas está generando las condiciones políticas, económicas y sociales. Los cambios políticos importantes se producen por liderazgo o por crisis, y generalmente requieren de ambos. A Iván Duque la historia lo puso ante una gran crisis, falta que saque el liderazgo.

La pandemia y la globalización



SANTIAGO MONTENEGRO

DESDE HACE YA ALGÚN TIEMPO, pero especialmente después de la protesta social del año pasado y como efecto de la pandemia que estamos padeciendo, se han alzado voces, que parecen gritos, proclamando el fin de la globalización. Sin duda, todos los columnistas y analistas que critican la globalización también tienen un teléfono celular, un computador personal y otros artefactos electrónicos. Si tienen un iPhone, muy seguramente desconocen que su diseño es realizado en Cupertino, California, y también desconocen que los recursos para fabricarlo provienen, gracias a la globalización, de 43 países, localizados en los seis continentes, cadena de suministro que es aún más extensa cuando se tiene en cuenta los materiales y minerales. En realidad, cada iPhone es posible no solo gracias a la globalización de sus componentes y materiales, sino debido a algo mucho más importante, que es la globalización de las ideas y del conocimiento.

Gracias a ese conocimiento ha sido posible construir toda clase de artefactos, combatir las enfermedades, prolongar la esperanza de vida, defender los derechos humanos, luchar contra la discriminación o tener la democracia como forma de organización política. Y, por supuesto, todo ese conocimiento proviene no solo de los vivos, sino, sobre todo, de las ideas, descubrimientos y creencias de miles y miles de personas muertas, algunas hace ya milenios.

Para dar solo dos ejemplos. La aplicación Waze, que nos sirve para optimizar el tiempo de traslado cuando conducimos un automóvil, no sería posible sin las ecuaciones que describen la curvatura del espacio-tiempo, según la teoría de la relatividad de Einstein. Y, para dar otro ejemplo de la globalización en la dimensión de las creencias religiosas, es útil recordar que la fe de millones de personas de todo el mundo proviene de un predicador judío, nacido el año 6 a. C., en un pueblo de Cisjordania, quien, después de escuchar los sermones de un primo suyo y cumplidos los 30 años, se dedicó a dar más y mejores sermones, llenos de metáforas, predicando la salvación de las almas de las personas humildes, y así fundó una religión que ha llegado a ser una de las fuentes de creencias más influyente en la historia de la humanidad. Su nombre fue Jesucristo. Después de ser crucificado, sus ideas se vieron impulsadas por las extraordinarias dotes de predicación de un seguidor, Pablo de Tarso, y, tres siglos después, por las de Agustín de Hipona, quien incorporó al cristianismo varios conceptos centrales de las ideas de un filósofo griego muerto unos ocho siglos antes: Platón. De esa forma, las ideas religiosas de una parte importante de nuestra población, como la de muchas sociedades y culturas de todo el mundo, provienen de la globalización de las ideas nacidas hace milenios al otro lado de la tierra.

Es absurdo pensar que la pandemia acabará con la globalización. Es posible que los países se tornen autosuficientes en la provisión de ciertos bienes y servicios para la salud y otros sectores puntuales, pero lo que el coronavirus nos está enseñando es que necesitamos más, no menos, globalización para la provisión de ciertos bienes públicos a escala mundial, que nos den seguridad contra las pandemias y contra muchos flagelos que afectan a toda la humanidad.